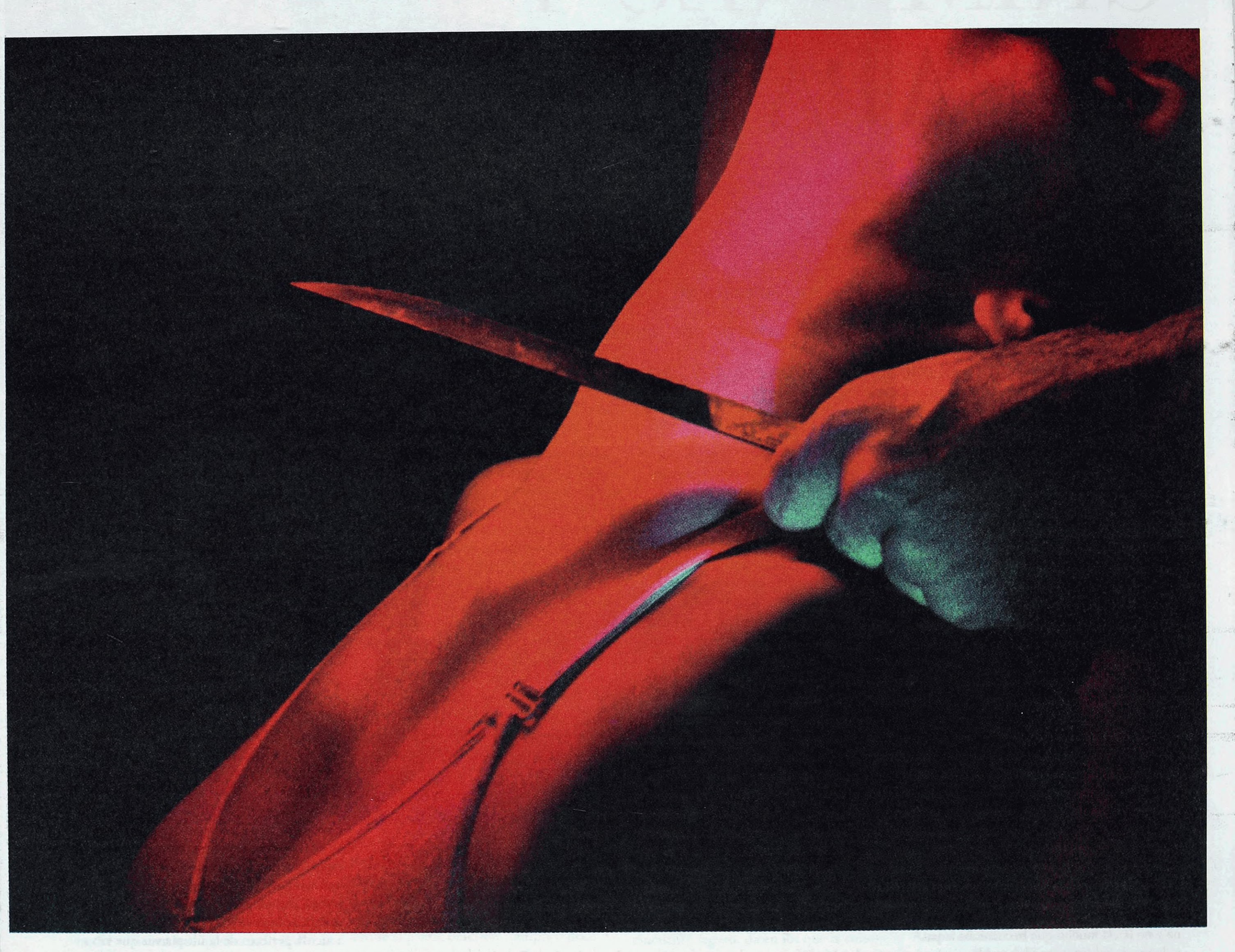
MUJERES EN PÁGINA/12
22 DE DICIEMBRE DE 2000
AÑO 3 NÚMERO 141

LAS/12



Los crímenes de Mar del Plata

Desde 1996, dieciséis mujeres fueron asesinadas y ocho desaparecieron. La mayoría ejercía la prostitución. No hay ningún detenido. La leyenda del "loco de la ruta" parece tapar otras intrigas.

CRÍMENES Y DESAPARICIONES EN LA FELIZ

En los últimos cuatro años, dieciséis mujeres fueron **asesinadas** y otras ocho desaparecieron en Mar del Plata. Trece de ellas ejercían la **prostitución**. No hay un solo detenido en la causa, que se escudó en **"el loco de la ruta"**, pero que navega entre el miedo generalizado y las sospechas que recaen sobre las víctimas.

POR MARTA DILLON

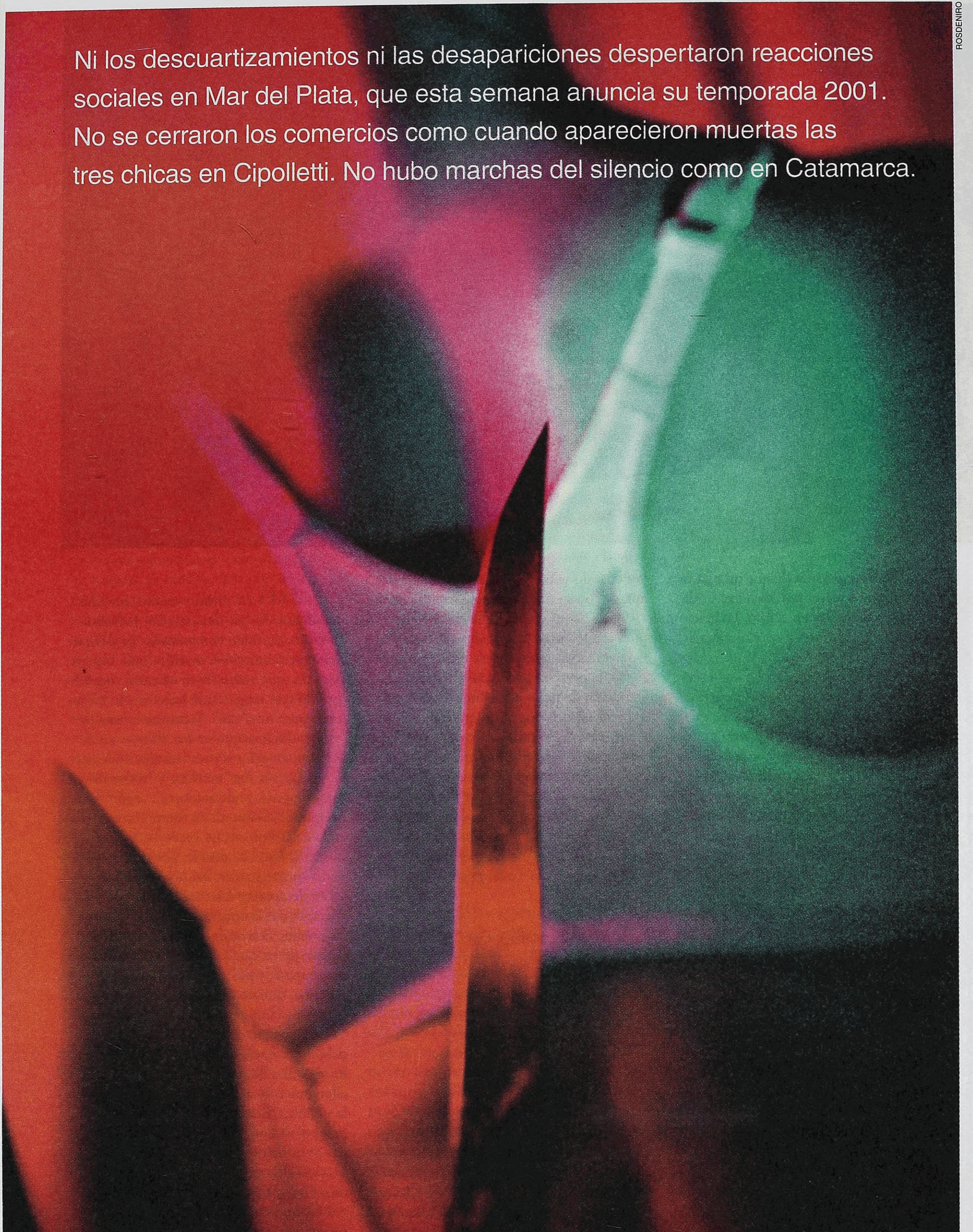
"Lo que te cuento es como si no te lo hubiera contado yo, mirá que no tengo ganas de aparecer en la ruta", advirtió una mujer. "Si prendés el grabador, te doy otra versión... todavía soy joven", se quejó un hombre. "Si ponés mi nombre o dónde trabajo, me van a reconocer y ya me tiraron un auto encima", otra mujer; y otra: "Ya me amenazaron demasiado, no puedo arriesgarme". En Mar del Plata, nadie se anima a decir exactamente lo que dijo. No si lo que se sabe tiene relación con alguna de las mujeres desaparecidas y asesinadas desde 1996. Dieciséis, si no se cuenta a las seis mujeres que asesinaron en los últimos 75 días y que los investigadores consideran casos aislados. Las primeras tenían varias cosas en común, por lo menos trece ejercían la prostitución en la calle, el escalón más bajo del negocio. Ocho son las desaparecidas, todas tenían hijos y la mayoría estaba embarazada de pocos meses. La última desapareció en noviembre de este año, tenía 22, era mendocina y no hacía mucho que frecuentaba la parada que le habían asignado en el barrio La Perla, ese que desemboca en el balneario más popular de la ciudad. Patricia Varón desapareció apenas unos días después de que el ministro de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Eliseo Verón, recibiera un pedido de informes sobre el tema y se comprometiera públicamente a aclarar el caso. Todavía nadie sabe nada. Ninguno está autorizado a hablar. El miedo es una mordaza. ¿Cómo contar entonces esta historia? En los tribunales sólo hay "fuentes judiciales", entre la comisión investigadora de la Policía Bonaerense, "fuentes de la investigación". Los familiares tienen cosas que decir, pero no se atreven. Los abogados apenas pueden hacerse cargo de las sospechas. Pero por lo bajo, los rumores son tan persistentes como la arena que se filtra entre la ropa cualquier tarde de playa. Una versión relata complicidades que para algunos son evidentes: la policía, sus negocios con el narcotráfico y con la plata que dejan estas mujeres poniendo el cuerpo. La otra es la que circula en ámbitos oficiales y empujada por ese viento amenaza con convertirse en un médano que está asfixiando la voz de las víctimas: que las mujeres desaparecen voluntariamente, que son movimientos internos de la prostitución, que están huyendo de fiolos que las golpean y las explotan y que la jerga llama "maridos". Ni unos ni otros creen en la teoría del asesino serial, una silueta sin nombre al que los medios le atribuyeron características psíquicas y hasta orientación sexual –se llegó a decir que podría ser homosexual– y que no tiene más móviles que la compulsión por matar. "Fuentes de la investigación" dicen que eso puede haber sido una "presunción cierta" en los primeros dos o tres casos, cuando aparecían cuerpos mutilados a los costados de las rutas 11 y 88, pero ni siquiera el resto de las muertes tendría un mismo autor y de ninguna manera las desapariciones que empezaron a hacerse cíclicas a partir de 1997.

> **Ocho son las desaparecidas, todas tenían hijos y la mayoría estaba embarazada de pocos meses. La última desapareció en noviembre de este año, tenía 22, era mendocina y no hacía mucho que frecuentaba la parada que le habían asignado en el barrio La Perla, ese que desemboca en el balneario más popular de la ciudad.**

"Dicen de las que desaparecen acá, ¿pero saben con cuántas pasa lo mismo en Mendoza? ¿Cuánta gente se mata por día en la provincia de Buenos Aires? Estas mujeres muchas veces quieren escapar de los hombres, tal vez estén trabajando en otro lado. ¿Que tenían hijos? Eso no quiere decir nada. Puede ser cruel, pero más cruel es el submundo de la prostitución." Las "fuentes judiciales" registran su propia crueldad, pero dicen que hay peores. ¿Peor que qué será la sospecha sobre la víctima? ¿Y el silencio generalizado? Ni los descuartizamientos ni las desapariciones despertaron reacciones sociales en la ciudad de Mar del Plata, que esta semana anuncia con bombos y platillos su temporada 2001. No se cerraron los comercios como cuando aparecieron muertas las tres chicas en Cipolletti. No hubo marchas del silencio como en Catamarca. De eso habla la consigna que levantan las mujeres del CAMM, Centro de Apoyo a la Mujer Maltratada: "Ninguna vida vale más que otra". Estas señoras fueron las únicas que sostuvieron el alerta frente a la situación de las mujeres trabajadoras del sexo. Cada miércoles se reunían frente a la catedral con pancartas que llevaban escritos los nombres de las desaparecidas y asesinadas. Cada miércoles hasta que se cansaron de estar solas. Y desistieron de esa forma de protesta.

Siete mujeres muertas. Ocho desaparecidas, denuncian las mujeres del CAMM. Cinco y seis respectivamente son las cifras oficiales. "Para hacer desaparecer a una persona es necesario contar con cierta infraestructura, imaginate a seis u a ocho." ¿Será esto parte de lo que los abogados Martín Ferri y Wenceslao Méndez –defensores de tres de las desaparecidas– pueden decir sin miedo? "Hay gente implicada muy importante, hay un fiscal federal, toda la plana mayor del Concejo Deliberante y buena parte de la comisaría primera que tiene jurisdicción sobre La Perla, donde trabajaba la mayoría de las chicas. Todos declararon en la causa, pero nadie se preocupó de investigar lo que decían, por qué dieron falso testimonio. A esta altura, las hipótesis pueden ser muchas, pero lo importante es por qué no se descubren." Esto último ya no lo dijo nadie.

La primera se llamaba Jackeline. Era su nombre verdadero, Jackeline Fernández. Uruguaya, artesana, en los expedientes se habla de su vida sexual promiscua, que dormía donde podía, que hacía dedo. Su nombre es la primera foja de una causa que unificó todos los casos de mujeres que se prostituían y fueron muertas o desaparecidas. Apareció estrangulada, al costado de la ruta 226, desnuda. Las chicas que caminan la calle saben que no se dedicaba al negocio. Igual es la primera de la lista. A Mary, en cambio, la conocían casi todas. Ella, más que ninguna. Se la podría llamar, por ejemplo, Anabela, un nombre que nadie usa en La Perla. Se acuerda perfecto de la última vez que vio a Mary viva, a pesar de que ya estaba un poco "zarpada de merca". Fue cerca del Hotel Carlitos, donde las dos laburaban y del que recibían "diez o doce mangos por pasada". Anabela era "rependeja" entonces; Mary ya no, tenía 35, cinco hijos y pocos dientes. La próxima vez la vio en la morgue. "La policía me estuvo buscando un montón a mí porque yo me asusté, imaginate que estaba siempre zarpada y yo estoy segura de que el tipo que la mató me vio, porque yo estaba con ella, seguro que yo también lo vi... estaba cazando fantasmas todo el día. Y después de ver lo que le hicieron me guardé, no quería ni salir de noche. Tenía un cuchillo metido en la concha, un Tramontina, la boca se la habían cortado hasta las orejas, un alambre en el cuello y le habían escrito puta en la espalda, con un firulete abajo como los que se hacen en las firmas". Era noviembre de 1996, muchas chicas quisieron de-



ROSDENIRO

dos "lugares de mujeres". También dicen que Daniela se había negado a ser "mula" de un tal Carlos, policía federal. "Que detrás de todos estos casos hay una mafia que tiene que ver con el narcotráfico y la prostitución no hay dudas, lo que hay que ver es quiénes son los jefes y quiénes los protegen", dicen los abogados ahora, desde la esquina de tribunales. "Las minas podrían ser informantes de la policía, ya sea para controlar que los punteros cumplan con los arreglos o para avisarles cuando hay uno nuevo que quiere puentearlos. Pero a veces ellas con sus maridos puentean a la policía". Para los abogados el negocio de los uniformados estaría más ligado a la distribución de drogas que a las comisiones que pagan las mujeres para trabajar tranquilas.

"Si hay buchonas, nosotras las conocemos, yo hay dos o tres que no conozco, pero en La Perla no dejan trabajar así nomás a las buchonas. La historia debe ser otra. Además, acá vienen los punteros y alguna que otra venderá y muchas comprarán, pero siempre son transas chicas". Anabela habla con conocimiento de causa, durante años trabajó sólo hasta juntar la plata del papel, de la dosis necesaria para calmar por un rato su ansiedad.

jar de trabajar en la calle después de lo de Mary. Algunas no pudieron hacerlo. "Hay mujeres a las que no les queda otra; los maridos les piden que lleven la plata, cien pesos por ejemplo y si no los hacés en la noche se tienen que quedar todo el día. Si no vuelven a dormir, ya tienen que volver con doscientos". Anabela se "internó un tiempo". El mismo lapso en que aparecieron muertas Zulema D'Angelica y Viviana Espíndola. La primera no trabajaba en Mar del Plata; la segunda también tenía parada en La Perla. De su cuerpo se encontraron partes el 20 de enero de 1997; nunca la cabeza. Al final de ese verano, Patricia Pietro pensaba que iniciaría un nuevo ciclo. Su hija, Antonella, empezaría el jardín de infantes el primero de marzo. Ya había comprado el delantal, ya había reducido su horario laboral a los domingos, por eso le decían La Dominguera, era el único día a la semana que se paraba en una esquina de ese barrio residencial donde los hombres van a buscar mujeres para encuentros rápidos y pagos. El 27 de febrero salió a trabajar a la noche y dejó a la nena durmiendo. Nunca volvió, es la primera desaparecida.

"¿Miedo? Más bien que tengo miedo, pero bueno, yo pago mi seguridad, y nada que ver con la policía, con la policía no hay que meterse porque es peor". No se la puede describir, tampoco decir en qué esquina de La Perla trabaja, cualquier dato le produce pánico. Llamémosla Teresa. Teresa es prolija para trabajar, no se gasta la plata en drogas, hasta logró comprarse auto y departamento. Es una excepción en un barrio donde las esquinas las ganan mujeres pobres sin canon para su trabajo, casi a voluntad del cliente. De Teresa es la idea de comprar un micrófono de esos que usan los detectives privados para alertar a su marido de cualquier movimiento raro. Sólo se va del barrio con clientes. "Al principio todas se cuidaban más, estaban en la parada de a dos y lo que tenías que hacer lo hacías en un auto o en los hoteles de acá, pero la calle está dura y todo se relaja". Hace frío en Mar del Plata, casi siempre hace frío a la noche, dicen las chicas de minifalda, es el viento marino. Pasaron más de tres años desde que se tomaron aquellas primeras medidas de precaución que ahora aflojaron. "Lo que pasa es que ahora es distinto, no es un asesino loco, ya ni siquiera aparecen los cuerpos". Es una mujer mayor la que habla, de shorts escotados en los glúteos y zapatillas con zoquetes blancos, mayor de cincuenta seguro, dicen los que la conocen. El rumor que corre en La Perla es que no tiene sentido cuidarse de desconocidos porque los responsables hasta salen en la tele. Ya ni siquiera la policía les cobra arreglo. "¿Para qué? ¿Con qué cara?", dice Carla, la señora. Pero también se dice que arreglan con los maridos que se quedan con el cincuenta por ciento de lo que produce la mayoría de las mujeres. Lo que no se sabe es qué arreglan.

En mayo del '97 aparece el cuerpo mutilado de María Elizabeth Giménez. Le decían Daniela y dicen que andaba averiguando quién se había ensañado con su amiga, Mary Amaro. Como otros familiares, la mamá de Elizabeth recibió amenazas y llamados anónimos. Una vez, dice, la quisieron atropellar con una camioneta. Alguien le dijo que su hija andaba con un "rengo de la tercera", la comisaría que tiene jurisdicción sobre el puerto, la zona donde Margarita Di Tullio tiene sus

"¿Sabés cómo me entero yo de que Ani había desaparecido? Por *Crónica*." Al principio Libia de Baay, mamá de Ana María Nores, desaparecida el 18 de julio de 1997, dice que está cansada, que ya no se acuerda tanto. Después relata cada detalle, cada palabra, cada sospecha. "Yo había ido a tomar mate el viernes, la vi por última vez ese día y sentí que me quería decir algo que no se animó, tenía la casa hecha un desastre, le dije que no dejara mojar la ropa sucia así no tenía que lavar todo a la vez". La próxima vez que fue a la casa de su hija, el domingo 20 de julio, a la tarde, sus cuatro nietos estaban en la cama, una tenía fiebre y Ani no estaba. Estaba en cambio un tal Alejandro,


HERDENER

que atendía uno de los dos carros de pochoclo que tenía en concesión el "marido" de Ana María. Le dijeron que había ido a visitar a una amiga, "pero ellos ya sabían que algo había pasado, lo habían denunciado el día anterior". Para Libia fueron días duros, ella ni siquiera sabía que Ani trabajaba como prostituta. Después se enteró de muchas cosas más, la mujer que cuidaba sus nietos, también abuela de los dos hijos mayores de la anterior pareja de Ana María, le dijo que "Ani salía con un comisario de la primera y que a veces iba a trabajar al campo, cerca de Batán". El marido de Ani, Luis Rivero, fue uno de los sospechosos que alguna vez se detuvo en esta causa y que recibía los carros de pochoclo de un tal Andujar, dueño de un predio en el paraje El Boquerón, cerca de Batán, donde había funcionado un prostíbulo, El Jardín Boliviano. Andujar era propietario de un Galaxy bordó que fue secuestrado porque se encontraron manchas de sangre en el tapizado. Las pericias dijeron que la sangre no era humana. Rivero tenía entonces, paralelamente, otra mujer, Patricia, con la que también tenía hijos. La última mujer desaparecida, en noviembre de este año, cuidaba los chicos de Patricia y de Ani, seis en total.

Libia fue la primera en contratar un abogado para que siguiera de cerca la causa, también se conectó con las mujeres del CAMM y movilizó algunas de las pocas marchas que se hicieron para pedir que se esclarecieran estos casos. Pero lejos de esclarecerse, en octubre del '97, desaparece Silvana Paola Caraballo, madre de una nena a la que enviaba a un colegio católico. Y la catequista de esa escuela fue quien declaró que Silvana tenía relación con un tal Alberto, personal de la comisaría primera, y que ella estaba asustada porque habían terminado la relación. Caraballo tenía registrados en su computadora datos de supuestos clientes, muchos de los cuales pertenecían a la policía y al Poder Ejecutivo de la provincia.

Ocho días después de la tercera marcha que organiza el CAMM, Verónica Chávez sale de su casa, rumbo a La Perla y no vuelve nunca más. Era amiga de Caraballo. "En cuanto me enteré fui a ver a la familia de Chávez, ¿y sabés qué me dijo la madre? Que su hija no tenía nada que ver con la mía, que la suya no trabajaba de puta. ¿Y qué importa? Yo no le iba a discutir, sólo quería que las buscáramos juntas". Libia aprendió dolorosamente que en Mar del Plata no todas las vidas valen lo mismo.

"Yo tengo la esperanza de que mi hija va a volver, que va a volver por los hijos. Cada loco con su tema; éste es el mío. Lo gracioso es que cada vez que voy a ver al fiscal me pregunta qué novedades tengo... ¡si yo estoy esperando que ellos me digan!". La mamá de Verónica Chávez visita, igual pero por separado, la fiscalía del doctor Carlos Pelliza que es rutina para Libia. "Pero a mí no me van a hacer creer que mi hija se fue sola, si estuviera viva se hubiera comunicado conmigo". La madre de Chávez, que no quiere dar su nombre y que terminará violentamente la conversación cuando descubra que sus dos nietos, hijos de Verónica, están escuchando tras la puerta, también fue amenazada y también contrató a un abogado para que investigara, Wenceslao Méndez. Las dos madres tienen iguales temores, prejuicios distintos. Entre las hijas también había cosas en común, la parada en La Perla, las dos tenían hijos, 27 años, eran morenas de ojos claros y estaban embarazadas, igual que Caraballo.

"En cuanto me enteré fui a ver a la familia de Chávez, ¿y sabés qué me dijo la madre? Que su hija no tenía nada que ver con la mía, que la suya no trabajaba de puta. ¿Y qué importa? Yo no le iba a discutir, sólo quería que las buscáramos juntas."

"Y bueno, al fin y al cabo, ¿quién no va de vez en cuando de putas?". No, no lo dijo un "fiolo" para justificar su metier, lo dijo un funcionario público cuando se lo citó a declarar como testigo en la causa que se unificó en 1997, después de la desaparición de Caraballo. En la agenda que llevaba Verónica Chávez figuraban con nombre, datos físicos, edad y chapa y marca del auto que conducían, de los que se suponía eran sus clientes, entre ellos Marcelo García Berro, fiscal federal del Tribunal Oral de Mar del Plata, Oscar Pagni, presidente del Concejo Deliberante y autopostulado a la intendencia para el 2003; Jesús Porrúa, ex secretario de Gobierno de la provincia; Alberto Lobo Iturburo, jefe de calle de la comisaría primera y un tal Ayala, de la Brigada de Investigaciones de la zona. Las declaraciones de estos personajes podrían ser leídas sin sobresaltos en el medio de la trama de una comedia de enredos. Pero en una causa que ya ocupa metros cuadrados en la fiscalía de Pelliza, son disonantes. Pagni aseguró que había conocido a Chávez cuando se bajó de su auto para ayudar a apagar con su matafuego el incendio en la vivienda de un vecino de la chica. Que después ella lo llamó para pedirle trabajo y que ese llamado se repitió otras veces. García Berro, la persona que tiene a su cargo la acusación de todos los delitos ligados a drogas en Mar del Plata, dijo que había sido Chávez la que lo reconoció, porque alguna vez lo había visto en un noticiero, que después él la invitó a tomar un café, que otra vez se le cruzó de casualidad y la llevó a la casa. Se lo tuvo que convocar por segunda vez para que admitiera que había tenido relaciones sexuales con ella, pero bueno, eso es algo que le pasa a cualquiera.

Los policías implicados en el caso, Iturburo y Ayala, fueron trasladados al conurbano bonaerense, pero no pudieron explicar cómo si ellos sabían que Chávez y Caraballo trabajaban en la calle nunca les hayan labrado un acta de infracción. Todo esto sucedió en 1998 y se acalló cuando en junio y octubre de ese año aparecieron otros dos cuerpos mutilados. Aunque ya el patrón no coincidía. Las dos mujeres, Gabriela Narcialde y María del Carmen Leguizamón, no fueron levantadas en La Perla y tampoco de noche, sino cerca de sus domicilios en la periferia de la ciudad. Las dos habían estado vinculadas a Margarita Di Tullio, la famosa Pepita La Pistolera. Y ella tiene su propia versión del asunto, aunque tampoco la dice concretamente, apenas se deja deslizar que las mataron para volver a agitar el fantasma del loco de la ruta. Nunca hay un rumor único. Otro dice que Pedro Villegas, ex marido de Pepita, podría haberse vengado de los disparos que recibió en las piernas cuando su ex mujer descubrió que no sólo tenía otra mujer –más joven– sino también que estaba buscando mujeres para abrir un local que finalmente abrió en el puerto. Muy bien no le fue a Villegas. Al poco tiempo de recuperarse de los balazos, son muchos los que recuerdan cómo perdió todos los dientes que le quedaban cuando a él y a su pareja los "cagaron a golpes, vaya a saber quiénes eran".

Al fin del último verano, fue una mendocina la que desapareció, Jackeline Romero, también embarazada. Su desaparición la denunció el marido, Juan Carlos Bardaza, que apareció en cámaras rogando que "lo que tengan que hacer me lo hagan a mí, pero no a ella". Jackeline es una de las mendocinas que en los últimos años llegaron en grupos para trabajar en la costa traídas por sus "maridos", "todos unos hijos de puta, maltratadores", según Anabela, que lentamente se fueron instalando en la calle Bolívar, en La Perla, y en el Hotel El Escorial donde, por supuesto, nadie quiere hablar. En noviembre de 1999 desaparece Mercedes Almaraz, o Patricia, como la conocían en el barrio, por las noches. Sus amigas y compañeras de parada dicen que los últimos días estaba preocupada y pidiendo plata, que no se drogaba, que no iba con nadie, que no se juntaba a chupar a mitad de la noche. "Vivía para sus cuatro hijos y tenía el marido preso hacía 8 meses"; sin embargo, a los dos días de su desaparición, hubo un allanamiento en su casa aunque no lo hizo la policía. "Buscaban algo, hasta cagaron a palos al vecino preguntándole por el marido. Si hubieran sido de Mar del Plata habría sabido que el chabón estaba preso", dice Carla, con piel de gallina en las piernas desnudas, impaciente porque el tiempo corre y la noche no es para hablar.

Que las mujeres desaparecidas están vivas y secuestradas en un prostíbulo de Quequén es uno de los rumores que alientan las compañeras de trabajo de La Perla. Tal vez una esperanza vacua de que quien todavía respira en algún momento puede escapar y volver. Saben que ninguna se fue porque quería, que ninguna hubiera dejado a sus hijos y que la vida de ninguna de ellas vale nada. Es lo que repiten los familiares que se animaron a preguntar, los abogados que se encuentran con una causa estancada hace meses y meses. Las hipótesis no son tantas; cualquiera en Mar del Plata –lo que Bernardo Neustadt llamaría doña Rosa– comenta con sabiduría popular: ¡seguro que la policía está metida! Pero no les da miedo. A lo mejor ahora, después de que dos adolescentes hayan aparecido muertas y violadas en el mes de octubre, sin ninguna vinculación con la prostitución, se empieza a generar una preocupación que se reflejó en los medios locales sugiriendo protección para las mujeres que andan solas. Lo de las mujeres que ejercen la prostitución parece ser otro tema, un problema de otros, un problema de quienes algo habrán hecho.

violencia y salud

POR CARMEN STORANI *

Deseo en primer lugar señalar que es altamente significativa y auspiciosa la realización de estas jornadas, que reúnen a sectores que tienen hoy una enorme responsabilidad en el diseño e implementación de las políticas públicas destinadas a prevenir, asistir, sancionar y erradicar la violencia hacia las mujeres en todos y cada uno de los ámbitos en los que ésta tiene lugar. Es justamente la familia el ámbito doméstico en el que persisten prácticas de violencia que afectan particularmente a las mujeres, y a las niñas y los niños.

Hace ya casi dos décadas que la problemática de la violencia familiar, en especial la violencia masculina hacia las mujeres y las niñas y los niños, ha salido del opacamiento negador al que estaba condenado.

Fueron entonces sobre todo las organizaciones de mujeres, tanto en nuestro país como en otros países del mundo, quienes dieron los primeros pasos para mostrar estas prácticas relegadas a lo privado y las colocaron en el debate público, social y político. Prácticas sin duda conocidas en su existencia, pero negadas como problema, es decir naturalizadas, minimizadas y consideradas por lo tanto inevitables e inherentes a la condición humana, a las que había que resignarse. Estamos hablando en nuestro país de casi dos décadas de esfuerzos en los que, sin duda, hay que reconocer avances. Avances que se pueden observar a nivel de concientización, a nivel del desarrollo de investigaciones y de conocimientos, a lo que debe agregarse la existencia de recursos de distintas disciplinas, en distintos ámbitos institucionales, tales como salud, educación y ONG especializadas.

Sin embargo, y aun teniendo en cuenta los avances formales y en términos de programas, recursos e investigaciones, estos avances tienen un desarrollo desigual. Es justamente un desafío, en la etapa que estamos atravesando, el poder enfrentar y resolver los déficit y las dificultades si es que queremos plantearnos dar respuestas más adecuadas y más eficaces. No es casual que estemos reunidos hoy aquí los sectores de Salud y de las áreas Mujer, así como también integrantes de organismos que definen políticas de Niñez, funcionarios de Justicia y del sector educativo. Tenemos roles y responsabilidades diferentes. El desarrollo de políticas y estrategias integrales, y más eficaces, requiere una integración y una complementariedad en la que todos los sectores tenemos competencia y responsabilidad.

No me corresponde a mí decir cuál es el rol deseable y posible de cada sector. Sí me corresponde señalar la necesidad de no perder de vista todas las dimensiones de la problemática de la violencia y, en lo que concierne al organismo que presido, mostrar la especificidad o la marca de género en las distintas prácticas de violencia. En otras palabras, es nuestra responsabilidad aportar elementos para dar especificidad de género no sólo a las políticas para la equidad entre varones y mujeres sino a las políticas sectoriales destinadas a mujeres. Y, en este sentido, éste es un espacio para poder iniciar el diálogo, para encontrar puntos de coincidencia e identificar los obstáculos que dificultan una intervención más integral a la problemática de la violencia familiar.

Los cambios sociales nos afectan a todos y afectan también a las instituciones que deben ir respondiendo a nuevas demandas. Son éstas demandas que imponen a la violencia familiar como un tema de las políticas de salud. Es claro que para admitir que la violencia hacia las mujeres y los niños en el ámbito familiar es un tema de salud, hay que romper con conceptos e ideas que todavía tienen mucha fuerza, como por ejemplo conceptos que establecen sin crítica o autocrítica que hay una división infranqueable entre lo público y lo privado, y que el espacio familiar es un ámbito privado en el cual no se puede si se debe intervenir. Hay que poder admitir que vivimos en una sociedad en la que existe inequidad,existe discriminación y que esto explica no sólo las conductas coactivas y violentas sino también las formas de reaccionar ante estas conductas.

La mayoría de los agresores están convencidos de que al agredir ejercen un derecho, a tal punto que cuando son reprimidos se asombran. Esta misma naturalización está presente cuando las mujeres viven sus vejaciones con más vergüenza que indignación, con pasiva resignación.

La desigualdad y la dominación masculina son problemas sociales, por lo tanto la violencia hacia las mujeres es también un problema social y un problema social requiere respuestas sociales. Las respuestas sociales, entonces, son todas aquellas intervenciones que se propongan actuar sobre los mecanismos sociales que por un lado producen y favorecen las prácticas de violencia y, por el otro lado, las invisibilizan y las ocultan. Hasta acá estamos hablando de responsabilidades que hacen a las políticas de equidad, para contrarrestar las discriminaciones. Sin embargo, esto no significa dejar de lado el hecho de que estas prácticas, que tienen su raíz en lo social, afecten los diferentes aspectos de la vida, entre ellos la salud de las personas.

¿Qué es lo que les toca a los profesionales de la salud? Los profesionales de la salud tienen un papel no sólo importante sino muchas veces crucial, privilegiado. Porque ellos pueden ser la primera persona, y a veces la única, a la que una mujer en situación de violencia va a acudir. Lo que suele suceder es que esa mujer tal vez no vaya a contar abiertamente lo que le pasa. Las mujeres silencian los hechos de violencia que padecen, incluso mienten abiertamente, protegen a sus agresores, y estos comportamientos hacen que ciertos profesionales, erróneamente, se retraigan y encuentren justificativos para no ocuparse de estos temas. Yo no voy a contarles a ustedes lo que ustedes mismos han seguramente vivido o visto en la consulta: los diversos indicios, algunos más directos y otros más ocultos, de malestar, de maltrato, las no ganas de volver a casa luego de una internación, el llanto que tapa la palabra, una consulta por un embarazo claramente no deseado, sin explicitar las condiciones de ese embarazo, me refiero a embarazos producto de violaciones o violaciones incestuosas... Frente a estas situaciones, el compromiso de un profesional resulta evidente: puede ser la única persona que puede darse cuenta del problema, ya sea porque la mujer se lo cuenta directamente o porque puede ver los indicios o las marcas. Esa posición, ese lugar, de alguien que puede hacer algo, alguien que puede poner en marcha una solución, lo ubica en un lugar de responsabilidad. La responsabilidad y el compromiso no necesariamente suponen ofrecer soluciones acabadas o bien no dependen de una sola intervención sino que permiten poner en marcha un principio de salida. Para ello debe en primer lugar saber escuchar y posibilitar que una mujer o una niña o niño violentada/o pueda encontrar personas en quienes confiar. En segundo lugar debe estar convencido de que se puede y se debe hacer algo. Y en tercer lugar debe estar informado y conocer los recursos necesarios para una intervención adecuada.

Sin una comprensión de la naturaleza de la problemática, no habrá intervención eficaz.

** Presidenta del Consejo Nacional de la Mujer. Extracto de su ponencia durante el Seminario "Políticas públicas, salud y violencia intrafamiliar", que tuvo lugar esta semana en Buenos Aires.*

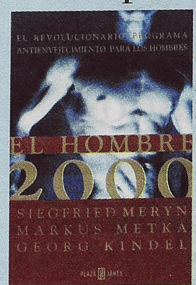
RAMOS GENERALES

No más pies vendados

El pasado 12 de diciembre, la agencia estatal Xinhua anunció el fin de una de las más crueles prácticas culturales chinas: por falta de demanda, los últimos fabricantes de zapatos para mujeres con pies vendados cerraron sus puertas. Hace más de mil años, cuando la aristocracia comenzó a pensar que los pies pequeños hacían a las mujeres bellas, las familias decidieron implementar en las niñas vendajes que impedía que los pies se desarrollaran. Como consecuencia, a través de los años, esas chicas se convertían en mujeres incapaces de caminar por su cuenta, debido al dolor que les producían los huesos rotos y la nueva posición que adoptaban. "Yang Shulin –informó la agencia–, de 88 años de edad, es una de las últimas mujeres de China que vive con los pies vendados. Nunca salió de su pueblo, porque no podía andar, desde que se casó hace casi siete décadas." Yang, a pesar de vivir en un pueblo cercano a Pekín, nunca ha podido desplazarse para conocer la plaza de Tiananmen. Sin embargo, todavía resta mucho por hacer en cuanto a la situación de las mujeres. La socióloga Li Huiying, por ejemplo, observó que, ahora que "las chinas se han liberado de la humillación de llevar los pies vendados, "China necesita lanzar una nueva campaña para acabar con los conceptos conservadores que todavía pesan sobre las mujeres, para que en el nuevo siglo consigan la completa igualdad con los hombres". De acuerdo con las últimas estadísticas oficiales, el país cuenta con unos 340 millones de mujeres empleadas, lo que significa un 48,7 por ciento del total de la población activa, una cifra que supera al promedio mundial en un 14 por ciento.

LIBRERIA

Todo sobre andropausia



Por fin: un libro que se ocupa de la andropausia, que contra lo que creen unos cuantos señores, no es un invento feminista. Siegfried Meryn, Markus Metka y Georg Kindel, dos médicos y un periodista austríaco especializado en salud escribieron este manual que recorre los hitos más importantes del envejecimiento masculino, y prevé un programa para contrarrestar sus efectos. Por qué se envejece, qué se puede hacer para postergar los síntomas más molestos, qué papel juegan las hormonas durante ese proceso, cómo combatir el estrés son algunos de los tópicos que se tratan. *El hombre 2000* se ocupa de la salud física y mental, incluyendo, naturalmente, la salud sexual.

EL DETALLE

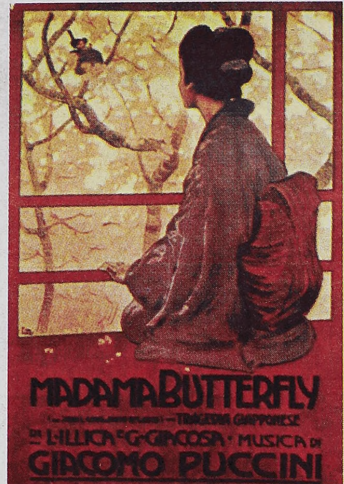
Un problème de taille

L'Argentine rétrécit

En Argentine, la mode est aux maigres. Au point qu'il est devenu quasiment impossible de trouver autre chose dans les magasins de prêt-à-porter que des tailles 34, 36 ou 38. Anodin ? Pas du tout. La

Talles argentinos

En las páginas que dedica a esbozar un panorama del planeta de las celebrities, el buen gusto y la moda, la última edición francesa de *Elle* reserva una pequeña sorpresa para las lectoras argentinas. Bajo el título "La Argentina estrecha", la revista da cuenta de la absurda situación de los talles en el país y, tras explicar que las revistas y tiendas sólo parecen conocer el 34, el 36 y el 38, comenta una iniciativa de la diputada María del Carmen Banzas. "El principio (del proyecto de ley) es simple: al no poder cambiar las mentalidades, el Estado intenta imponer sus talles. La ley prontamente votada obligará a las tiendas –so pena de una multa de entre 100 y 10 mil dólares– a ofrecer los cinco talles antropométricos que corresponden a las mujeres argentinas." Es muy bueno, por supuesto, que estas iniciativas se difundan, pero, por lo demás, aquí poco y nada se ha sabido de esa ley desde su sanción. ¿Estará reglamentada? ¿Se implementa? Misterios.



Madame Butterfly.

POR MOIRA SOTO

Musas totales durante cuatro siglos de ópera –cumplidos en octubre pasado–, ya como heroínas, ya como intérpretes, las mujeres han estado siempre íntimamente ligadas a este género musical, por más que en algún momento se prefiriese a los castrati con tal de no dejarlas cantar en público. Y ahora hasta tenemos a una compositora, la finlandesa Kaija Saarihao, que fue muy elogiada en el último Festival de Salzburgo al presentar una ópera con texto del escritor libanés Amin Maalouf, inspirado en una narración del siglo XII. En verdad, la primera ópera de que se tenga información no es la *Eurídice* de Jacopo Peri, estrenada el 6 de octubre de 1600 –fecha que se adoptó para conmemorar el advenimiento de esta fascinante forma musical– sino la *Dafne* del mismo compositor (también sobre libreto del poeta Ottavio Rinuccini). Pero mientras que de la primera citada, ofrecida por primera vez en el Palazzo Pitti de Florencia al casarse María de Medici con Enrique IV de Francia, se conservó la partitura –que incluye temas de Giulio Caccini–, de la segunda no quedó ni un borrador. Como quiera que sea, tanto una ópera como la otra tuvieron de protagonistas a dos chicas de la mitología grecorromana: Dafne, la ninfa que por resistir los avances de Apolo fue convertida en laurel, y Eurídice, la dríade de esposa del músico Orfeo, que picada por una serpiente fue a parar a los Infiernos. La distinción entre el estilo recitativo y el aria es lo que distingue a la ópera de sus predecesores, las pastorales y los intermedi. El éxito de *Eurídice* se suele atribuir al libreto de Rinuccini quien, además de fijar paradigmas estructurales perdurables, se tomó algunas libertades –anticipándose muchísimo a Hollywood– a favor del happy end: en el final, Eurídice no debe retornar al Hades y, en cambio, se queda con Orfeo, igual que Meg Ryan con Tom Hanks.

Por el contrario, el *Orfeo* (1607) de Claudio Monteverdi, considerada la primera obra maestra de la ópera, respeta desde el libreto de Alessandro Striggio el final trágico del mito original: como tantos otros curiosos desobedientes legendarios, Orfeo desoye la advertencia de no darse vuelta para mirar a su adorada y la pierde para siempre. En sus siguientes óperas, Monteverdi opta por personajes femeninos de similar prosapia, como Proserpina, Ariadna, Andrómeda, hasta culminar su carrera con dos heroínas de gran relieve: la Penélope de *Il ritorno d'Ulisse in Patria* (1641) y sobre todo, la emperatriz de *L'incoronazione di Poppea*, que desarrolla desenfadadamente los amores arrolladores de Nerón y Popea. Ella, en los ratos que no se da baños de leche de burra, contribuye a barrer todos los obstáculos –cónyuges molestos, etc.– y además de consumar el romance, logra ser coronada, según lo avisa el título. Segura de su poder erótico –recuerden que la obra se escribió en los albores del XVII–, le pregunta a su amado: "¿Cuán dulces, señor, y cuán tiernos/ esta noche pasada/ encontrasteis los besos de esta boca?". A lo que ni corto ni indiferente responde Nerón: "Tan hermosos que me causaron dolor".

Hubo más Eurídices y Dafnes convocadas por la ópera a lo largo de los siglos, así como también Galateas, Psiques, Didos, Ifigenias, Medeas, Ariadnas que inspiraron a Jean-Baptiste Lully y a Luigi Cherubini, a Purcell y a Gluck y, más cerca en el tiempo, a Richard Strauss.



Tosca.

EL PODER DETRAS DEL PODIO

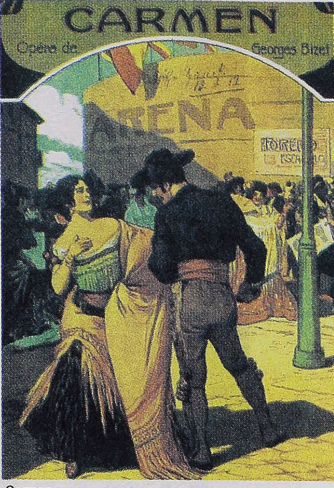
En el curso del XVIII se afianza el reinado de la prima donna, esto es, la cantante que con su bella voz adiestrada a concienciа magnetizaba al público y, en muchos casos, imponía sus deseos, incluso los más caprichosos. Las anécdotas sobre las divas (y algún que otro divo) se multiplican. Una, de 1748, cuenta que el poeta Pietro Metastasio, autor del libro de *Demofoönte*, al ofrecer la obra en Dresde, tuvo serios altercados con la prima donna Faustina Bordoni. El escritor trataba de hacerle entender que su personaje –una princesa disfrazada de esclava– no podía ocupar un lugar de honor ni estar demasiado emperifollada: "Piense que todos los personajes de la ópera están convencidos de que es una esclava", razonó Metastasio, sin hacer mella en la cantante, que rió sobradora: "Pero el público sabe bien que soy la Bordoni...".

Casi al mismo tiempo, pero en otro sitio, Georg Friedrich Händel luchaba contra las arbitrariedades de Frances Cuzzoni y, luego de vanos intentos por imponer su criterio, amenazaba con arrojarla por la ventana. Hay versiones de que cuando Cuzzoni y Bordoni coincidieron en un escenario londinense, la rivalidad estalló y se agarraron de las mechas fuera de libreto. Ciertamente, Händel, más

HEROINAS DE LA OPERA



Fausto.



Carmen.

La ópera ha elegido, desde hace cuatro siglos, los signos femeninos extremos: íntimamente ligados a los códigos del género, aparecen allí el máximo candor, la máxima valentía, la máxima perfidia. Un repaso por las heroínas líricas desde la *Eurídice* de Jacopo Peri hasta la *Lulú* de Alban Berg.

allá de sus arrebatos, creó personajes femeninos matizados y con genuino espesor, como la maravillosa Cleopatra de *Giulio Cesare* (1724), con guión de Nicola Hayn.

En este siglo, dentro de la opera buffa, descuella *La serva padrona*, de Giovanni Battista Pergolesi, de cortísima pero fructífera vida. Este delicioso intermezzo cómico narra con mucho ritmo la historia de la criada Serpina, que sirve en casa del soltero Oberto y termina siendo su esposa. Hacia fines del XVIII, Wolfgang Amadeus Mozart irrumpe con sus heroínas a menudo llenas de vida, ingeniosas, pícaras, sensuales, como las de *Las bodas de Fígaro* y *Così fan tutte*, mientras que Luigi Cherubini cierra dramáticamente la centuria con la espléndida *Medée*.

En esta versión, fiel a Eurípides, la hechicera que ha dejado su patria por amor y es traicionada por Jasón, loca de dolor y de furia lleva a cabo la más terrible venganza: mata a los hijos que tuvo con su marido. Impresionante el rol protagónico para soprano dramática, escrito para Claudine-Angélique Scio. La leyenda negra sostiene que varias de sus intérpretes enfermaron de gravedad o se volvieron locas por el desgaste emocional y las proezas técnicas que exigía –y sigue exigiendo: en 1950, María Callas lo recreó memorablemente– este enorme personaje.

SANTAS Y PECADORAS VIENEN MARCHANDO

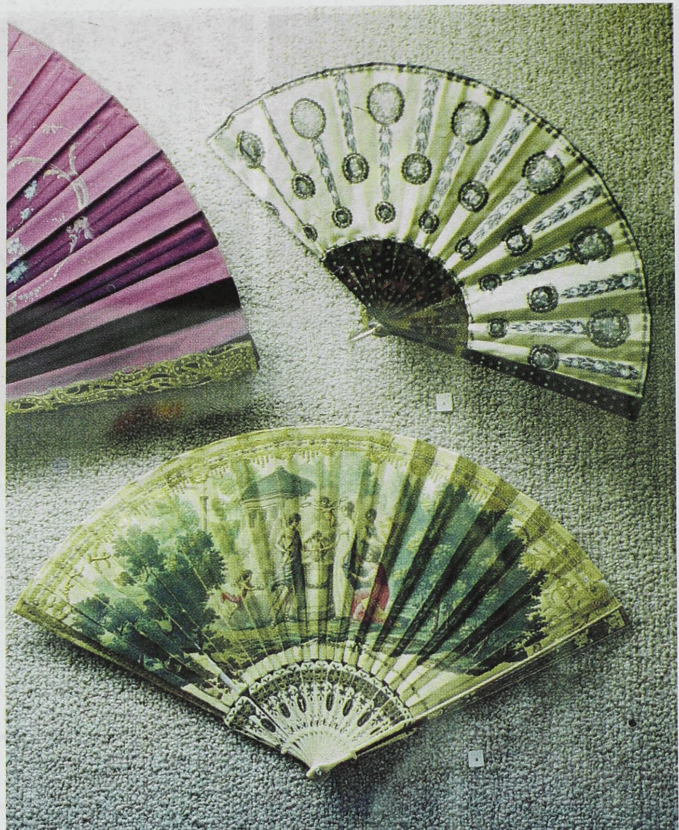
Las heroínas resueltamente abnegadas y completamente virtuosas no son mayoría en las óperas del siglo XIV, pero que las hay, las hay. No son las más divertidas, por cierto, pero cumplen con su conciencia: tal el caso paradigmático de la protagonista de *Fidelio* (1805), de Ludwig van Beethoven, inspirada en *Léonore ou l'amour conjugal*, de Pierre Gaveaux. La señora Leonora se viste de varón y se hace llamar Fidelio –nótense las resonancias de tal apelativo– para sacar a su marido de prisión. Otras damas, wagnerianas y algo menos monolíticas, fueron llevadas a la escena musical años después: la Elsa (*Lohengrin*) que tiene su contrapartida en la perversa Ortrud; la magnánima Elisabeth (*Tannhaüser*) opuesta a la tentadora Venus; y por cierto, la amante absoluta de *Tristán e Isolda*.

Casi siempre más ligero y travieso, Gioacchino Rossini propone algunas heroínas activas y simpáticas: *La italiana en Argelia* busca afanosamente a su novio perdido; la graciosa *Cenerentola*, inspirada en Perrault, con madrastra y hermanastras abrochadas, encuentra a su príncipe. Luego, Rossini se fue poniendo serio, quizás porque se casó con la mezzo dramática Isabel Colbrán. Llega entonces la hora de Vincenzo Bellini y Gaetano Donizetti, es decir, de *La Straniera*, *La favorita*, *La sonámbula*. En *Norma*, de Bellini, el argumento se arrima a la tragedia de Medea, salvo que aquí la engañada se inmola en vez de matar a sus chicos. *Anna Bolena*, de Donizetti, presenta a un personaje femenino de arrogante nobleza que marcha al patíbulo con la frente alta, enfrentado a Jane Seymour, la amiga que cede a la ambición de poder. Empero, este compositor es conocido sobre todo por su *Lucia de Lammermoor* (1835), con su célebre escena de la locura de la mujer que ha apuñalado a su marido y recorre la escena ataviada con un camisón ensangrentado. Más chicas sufrientes se encuentran en *Genoveva*, de Robert Schumann, que no es otra que la santa de Bravante injustamente acusada de adulterio y, desde luego, la Margarita del *Fausto* de Gounod, seducida y abandonada por el vendedor de su propia alma.

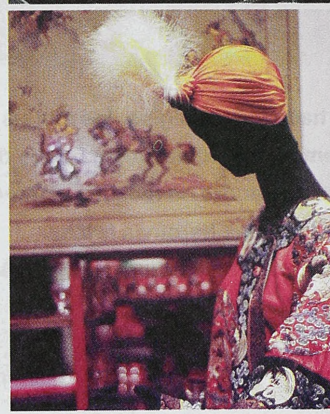
El prolífico Giuseppe Verdi le dio nombre de mujer a varias de sus óperas, con personajes femeninos de atractiva humanidad: la de entrada frívola y luego sacrificada Violeta de *La Traviata*, la honesta *Luisa Miller*, la princesa cautiva *Aída*... sin descartar a villanas de tomo y lomo como la Lady de *Macbeth*. Y si de femmes fatales se trata, el premio se lo llevan compartido Dalila y Salomé. La primera, obviamente musicalizada por Camille Saint-Säens (también responsable de una polifacética *Manon*) y la segunda, ya en el siglo XX (1909), revisitada por Richard Strauss de la mano teñida de misoginia de Oscar Wilde.

En esta escueta reseña de heroínas surgidas en el transcurrir de cuatro centurias no pueden dejar de figurar, bien subrayadas, la gitana *Carmen*, libre como un pájaro rebelde al que no se puede domesticar –según canturrea en la "Habanera"–, inmortal creación de Georges Bizet; la Mimi y la Musetta –sin mezclarse– de *La Bohème*, la audaz *Tosca*, la dulcísima *Madama Butterfly*: todas ellas criaturas de Giacomo Puccini, que al morir dejó inconclusa *Turandot*. De nuevo en el siglo XX, además de *Salomé*, hay que mencionar a otra chica mala, la *Lulú* de Alban Berg, nueva reencarnación del mito de Pandora que, como tantas de las heroínas nombradas, pagará con la vida su mala conducta.











POR SOLEDAD VALLEJOS

En el Museo Nacional de Historia del Traje es posible hacer un recorrido por el pasado de la moda a partir del cual reconstruir el nacimiento de la ciudad moderna.

Cerca del espejo, un corrillo comenta que, según las páginas de *Caras y caretas*, la ciudad pronto verá un hotel completamente iluminado por bombitas eléctricas. También se dice que cierta familia de sociedad planea tirar la casa por la ventana en los próximos días, probablemente después de la llegada de la Infanta y Marconi. Todo indica que los festejos por el Centenario están llegando a su punto culminante y los cuatro hombres –maniquíes del Museo Nacional de la Historia del Traje– se silencian un momento para escuchar el tango "La morocha", el mismo que, al cabo de un rato, dará paso a las especulaciones que las mujeres-maniquíes tejerán sobre quién será la sensación de los salones esta temporada. Todos ellos, chicos, chicas, llevan, de más está decirlo, unos trapos espléndidos: chiffon, pasamanerías de seda natural, encajes, tafetas, terciopelos, guipiure, piedras azabache auténticas, camisas de poplín coronadas por cuellos palomita... La escena, íntima, casi familiar, es encantadora, tal vez por el cuidado que se ha puesto en su armado, o quizá por la "relación ética entre continente y contenido" que, explica Susana Speroni, la directora del museo, prima a la hora de pensar qué y cómo mostrar. Y es que son dos factores importantes a tener en cuenta, en especial en este caso. Veamos. Continente: una casona inmensa, en el 832 de la calle Chile, reabierta al público tras un extenso período de refacciones (aún inconclusas por cuestiones presupuestarias). Para más datos, se trata de una construcción que, hacia 1998, fue declarada Monumento Histórico Nacional, con lo cual, más allá de su destino y función como institución, reclama cuidados y atenciones extra. Contenido: alrededor de siete mil piezas (obviamente, no todas en exhibición) mimadas en el taller de conservación, vigiladas en el depósito y protagonistas de escenas en cinco salas que, desde la semana pasada, se ofrecen a la vista de cualquiera sin necesidad de pagar entrada.

MODA Y DESARROLLO

"La moda de la época era femenina, adornada y grácil, y con el transcurrir de la década los modistos cambiaron sutilmente el talle de lugar, llevándola a la manera Directorio, debajo del busto. Por otro lado, el corsé, que producía la silueta en forma de 'S' y llevaba la cintura a su mínima expresión, alrededor de 1907 comenzaría a batirse en retirada". Las primeras líneas del cartel que da la bienvenida a una de las salas, "Los comienzos del siglo XX", intentan ubicar aquello que se ve, esos vestidos de faldas amplias y bustiers apretados, como parte de una cadena en desarrollo y, a continuación, buscan contextualizar brevemente los estilos, dotarlos de un marco económico, social y cultural, que los explique ligeramente. "En Argentina, en estos años el progreso económico produce grandes cambios: el crecimiento de las ciudades, el florecimiento de las industrias y la formación de una gran clase media. Todo esto favoreció el gusto por el buen vestir apoyado por la aparición de las grandes tiendas, al mismo tiempo que en las capitales europeas". Y al menos una de estas afirmaciones ofrece sus evidencias allí mismo, en los datos de cada equipo que, además de detallar los tejidos y técnicas utilizadas en cada prenda, permite verificar la convivencia de vestidos confeccionados en París con otros de tiendas porteñas. "El museo, este museo, maneja mucho la emoción". Speroni suelta la frase desde uno de los sillones del patio y entonces lo que dice (mucho más después de haber recorrido la muestra) cobra un sentido especial. Señala los macetones enormes, de arcilla, "esas plantas no están ahí porque son lindas, porque se nos ocurrió. Esas eran las plantas que se ponían en estos patios, en estas casas de clase media. Y no estamos hablando en el patio de casualidad; el patio era un lugar de encuentro, precisamente, para esto: sentarse y conversar. Son costumbres que se han perdido y que acá queremos revivir, porque lo que se intenta desde este museo es lograr un espacio, una dinámica de convivencia cultural".

La segunda parada del recorrido recrea la follie que arrolló a la década del 20. Un señor de elegante smoking se encarga de cambiar los discos de pasta en la victrola, mientras una mujer, enfundada en un kimono deslumbrante (seda y brocado de seda natural, bordado con hilos de seda y dorados, completamente sembrado de motivos geométricos) evalúa cuáles de todas las bebidas disponibles en el mueblebar (de ésos con cajoncitos, madera pintada con técnicas exquisitas y vidrios) serán las apropiadas para los tragos. Está claro que la figura femenina, en estas temporadas, poco y nada tenía que ver con las chicas encorsetadas de la otra sala. Los sombreros de plumas inmensas y pájaros de tela dejaron lugar a tocados de cocotte, con pequeñas diademas y algunas plumitas. "Se incorporan influencias exóticas, como el gusto por lo oriental, China, Japón; por lo ruso, a través de sus ballets; por lo egipcio, como consecuencia del descubrimiento de la tumba de Tutankamón", todo esto, remata el cartel, con el jazz norteamericano como banda sonora. "La silueta ha cambiado a raíz de la guerra debido a la mala alimentación, es delgada y andrógina, remarcada por el corte de cabello a la garçon". Las otras mujeres de la escena ilustran a las mil maravillas estos cambios: vestidos que caen rectos, cinturas bajísimas y nada remarcadas. Una de las prendas ostenta una de las exquisiteces de la época, el bordado luneville, importado aquí junto con tres artesanas francesas traídas especialmente por los dueños de una de las tiendas más chic de los 20. Se trataba de una técnica por la cual las mostacillas, lentejuelas, canutillos de cristal y piedras azabache quedaban perfectamente bordadas, pero, a la vez, con una caída, un movimiento tal que reflejaba todo el tiempo, y bajo cualquier ángulo, lucecitas. El fanático hedonismo de los años locos, se ve, no reparaba en nimiedades.

HISTORIA

EL FASHION DEL AYER

TAMARA PINCO



DETALLES

Tal vez uno de los mayores méritos de este museo resida en la tercera sala, la que alberga vitrinas con todo tipo de accesorios. Y es que, al estar allí, con la iluminación dirigida, dos o tres líneas con información y una distancia mínima del público, estos objetos se dejan apreciar con una minuciosidad que, en las escenas anteriores, resulta difícil aplicar. Ejemplos: sería imposible ver los detalles de los abanicos (los hay de 1860, 1900, 1905 y 1920); o descubrir el juego de cigarrera y fosforera de madera, o que los dos pares de gemelos ostentan los primorosos retratos de mujeres españolas. Estos elementos, aunque mediados por los vidrios, permiten adivinar una vida cotidiana, un ritmo. Unos pasos más allá de los accesorios masculinos, descansan los alzacuellos marca La religiosa (identificada, claro, por el rostro de una monja que sabrá Dios para qué necesitaría ese implemento de burguesa coqueta) propios de la década del 10, las carteritas de fiesta y, objeto curioso, una petaca para señora totalmente fabricada en plata dorada y repujada con la figura de un inocente gatito. Sería imposible detallar mucho más, baste decir que, a unos metros de las medias de hilo inglés mercerizado, el ventilador de mano (en baquelita), los sombreritos courvette con voilette de tul, uno de los primeros frascos de Chanel Nº 5, o el sujetador de pañuelo, está en exhibición un grupo de vestidos Dior originales, a cual más despampanante. Pero esta enumeración (arbitraria, incompletísima) no sería justa sin incluir una de las piezas más llamativas: una pulsera de cuero negra, con un pequeño bolsillo al frente, que tenía como función cuidar del abono obrero para el tren. Data, indica la ficha, de 1917. "Acá todo tiene el mismo valor, sea un traje de noche francés o esa pulsera para el boleto de tren", explica Speroni, "para nosotros es igual, porque son parte del vestido, de nuestra segunda piel, de algo muy íntimo y representativo".

Hay un último trayecto que recorrer, el que exhibe un recorrido en la vestimenta rioplantense desde los años de la fundación hasta 1900. Y aquí se pone en práctica una de las premisas que, comenta Speroni, rigen el trabajo del museo: "El ingenio vale mucho". Y es que ¿cómo, si no es mediante cierta astucia, cubrir semejante trayecto? Simple: mediante fotografías, ilustraciones, algunas piezas (muselina bordada de 1835, aros de 1830, guipiure de 1900, seda de 1760) y fichas técnicas que, por ejemplo, además de describir la ropa que viste a Juan de Garay en el clásico retrato de la fundación, infieren lo que la imagen no deja ver. Así es posible enterarse de que seguramente Mariquita Sánchez de Thompson llevaba camisa interior, calzones, medias, enaguas y escarpines; o que uno de los mazorqueros de Rosas, fuera del calzón, no escondía mucho más de su guardarropas.

La renovación de lo exhibido será, aproximadamente, en abril ("seguimos el hilo conductor, pero cambia el material"), pero, hasta entonces, hay mucho más por ver. Además de ofrecer al público la colección de su biblioteca especializada (única en el país), para el verano se planea un ciclo de cine (los domingos y tal vez se agreguen los miércoles y viernes) y, en conjunto con algunas colectividades, jornadas que combinen gastronomía, baile y ropa folklórica; otro ciclo de teatralización de la moda, en que se tomará un tema determinado, y un grupo de voluntarios lo representará llevando prendas de la época y recreando sus costumbres. Por otra parte, la Fundación Museo del Traje (que, además de contar con donaciones, recauda fondos con una pequeña tienda de souvenirs dentro del museo) se apresta a dictar, durante enero y febrero, distintos cursos: la irrupción en la moda de las tendencias orientales a partir de los 70; el traje y el mueble; introducción al diseño de indumentaria; ilustración de indumentaria y vestuario; taller de recreación de indumentaria de época. "No queremos que el público tenga una actitud pasiva, de espectador, sino que sea activo. Por eso el patio, las plantas, los cursos. El museo no debe ser ya ese lugar sacrosanto al que se entraba en silencio, en el que no se podía fumar. Tiene que haber una relación intimista, porque, en especial, en este tipo de museo, hay una cuestión muy importante, que es la mirada de los sujetos y su relación con los objetos, porque la ropa siempre fue nuestra segunda piel".

LO NUEVO *lo raro* LO UTIL

save the children



Llegó al país la organización internacional Save the Children, un movimiento independiente nacido después de la Primera Guerra, para socorrer a los millones de niños que habían quedado desamparados. Entre sus muchos antecedentes figura el haber elaborado un documento que inspiró más tarde la Declaración de los Derechos del Niño, y el haber ganado el Premio Nobel de la Paz en 1997. Tiene sedes en 29 países, pero trabaja en más de 100. La organización, que no depende de ningún Estado ni organismo suprarregional, trabaja directamente con las comunidades locales.



mascarillas

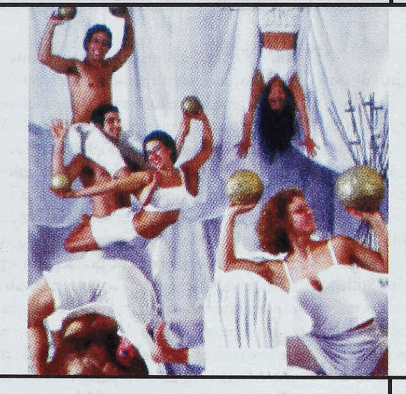
Estée Lauder presentó sus nuevas mascarillas para lograr un efecto Spa en casa. Son tres: So Polished (con ingredientes provenientes de Hawaii, un gel exfoliante de acción dual que pule y alisa la piel); So Clean (que contiene una arcilla china que extrae profundas impurezas, limpia y suaviza la piel); y So Moist (elaborada a base de elementos rescatados del desierto de Utah, que humectan instantáneamente).

ENERGIA

Orlane presenta su programa corporal B21 Bio-energic, una línea de cremas que proveen energía a la piel. Especialmente recomendadas para pieles ásperas, resecas o castigadas.



FIESTA



El hotel Caesar Park ofrece una opción para despedir el año y recibir el nuevo, con la presencia de Gala, un grupo de artistas que combina lo lúdico y lo acrobático. En el restaurante Agraz, del mismo hotel, se podrán saborear mil y una delicias. Informes, en el 4819-1184.

café, café

Desde la alta meseta de Kaffa en Ebisinia ha llegado hace siglos la planta aromática que dio su nombre al café. Y a esa planta evoca la línea de Café Perfumes, con su nuevo producto "Café café Adventures". La acompaña una gráfica que remite a la voluptuosidad de los bosques ecuatoriales y a la intensidad del aroma.





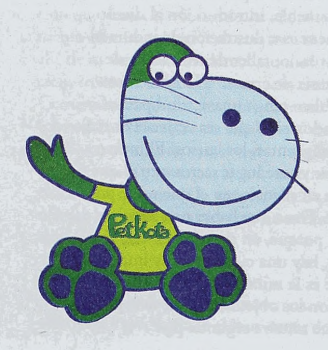
verano en el Rojas

Está abierta durante todo diciembre la inscripción para los cursos de verano en el Centro Cultural Ricardo Rojas. Hay cursos de teatro, artes visuales, tango y folklore, culturas afroamericanas, danzas, culturas populares, letras, fotografía, cine y video, indumentaria y unas cuantas cosas más. Informes, de lunes a viernes de 11 a 19.30 en el segundo piso de Corrientes 2038.

puerta a puerta

La marca Martina di Trento presentó en el Sheraton su nueva colección, en un relanzamiento que permitió conocer las infinitas novedades de esta firma que desde hace casi una década utiliza el sistema de venta por catálogo, una opción que promete multiplicarse. Comenzó como una marca de ropa interior femenina, y luego fue diversificándose hasta hoy, en cuyo catálogo hay lencería y ropa para hombres, mujeres y niños.

mascotas



Petkota.com es el nombre de la nueva página web dedicada exclusivamente a las mascotas hogareñas. Desde urgencias médicas hasta información sobre paseaperros, pasando por veterinarias, alimentos y medicamentos, allí se puede encontrar todo lo referente a perros, gatos, peces y otros bichos.







¡Búscate un látigo!

En su libro "*Una defensa del masoquismo*", Anita Phillips recomienda la sumisión como panacea sexual, ya que la igualdad sería un concepto republicano muy poco apropiado para la cama.

POR MARIA MORENO

Ultimamente el lesbianismo feminista anglosajón experimentó una crisis debido a la dimensión política adquirida, en el interior del movimiento, por las prácticas S/M. La polémica se centró fundamentalmente en la figura de la mujer sádica. Algunas teóricas como Sheila Jeffreys advierten sobre el uso de la iconografía nazi, los riesgos de una violencia consensuada y cómo el juego amo y esclavo no podría ser nunca para las mujeres sólo un juego. Anita Phillips es doctora por el Queen Mary College , editora free lance y novelista. En *Una defensa del masoquismo*, editado por Alba Trayectos, analiza el placer de la mujer masoquista a través de un vínculo que, a lo largo del libro, se analiza en clave heterosexual. Al igual que los chistes, Anita Phillips no considera que el sádico sea el partenaire del masoquista. El sádico sería literal, un apático que cede a la cólera desordenadamente y que sufre del mismo "furor autocompasivo que Sade dirige contra Dios y contra su suegra". Y esa cólera, precisamente, puede llegar a la cumbre si, buscando una víctima, encuentra un masoquista. Es que la voluntad, la manipulación y el placer separan a masoquistas de víctimas. Phillips se apresura a aclararlo: el tribunal internacional feminista se lo reclama. Y como todo acusado en potencia, da más pruebas de las que se le solicitan: las mujeres que se sienten atraídas por el sadomasoquismo bien pueden ser las mismas que, a través del feminismo, han logrado un considerable grado de autoconfirmación. Las prácticas ascéticas de las mujeres –¿Phillips incluirá la anorexia?– ocultan goces masoquistas en mujeres independientes y hasta influyentes. "Los papeles de amo y esclavo, las cadenas y los látigos en la alcoba son perfectamente compatibles con la condición de miembro de Amnistía Internacional", jaranea Phillips. El sadomasoquismo no está al servicio del sadismo sino del masoquismo. Como se advierte en el clásico libro de Robert Stoller *Dolor y pasión*, es el que está abajo quien dirige las operaciones, el gran maestro de escena, ante quien el amo debe representar cuán temible es.

Una defensa del masoquismo es, en muchos aspectos, un libro de crítica literaria lleno de hallazgos. Phillips pesca con sutileza en *El dolor* de Marguerite Duras, más allá del deliberado manifiesto político, cómo la narradora experimenta, a la vez que una identificación profunda al sufrimiento de su amante –rescatado de un campo de concentración–, una erotización del mismo que le permite, menos gozar que recuperar la sensibilidad.

En *Sexualidad femenina*, la princesa Marie Bonaparte describe la operación a la que se sometiera para acercar el clítoris a la vagina, y así –de acuerdo con una hipótesis– alcanzar el goce sexual. Phillips se divierte al descubrir que el placer de la princesa mejoró cuando la herida no había cicatrizado amén de recordarle a Freud que si la vagina podía ser una herida, la herida podía ser una vagina. Una de las *delicatessen* masoquistas son los amores no correspondidos porque permiten salirse de sí, experimentar la potencia de la soledad. No se trata del simple hecho de estar sometidos a alguien –cuyos atributos específicos, por otra parte, son desconocidos mediante la ceguera de la fascinación– sino de estar sometidos a un ideal superior. En busca de argumento Phillips analiza, junto con el clásico *La Venus de las Pieles* de Sacher Masoch, *Historia de O*, de Pauline Reage. Sus observaciones son agudas y agregan lo suyo a las decenas de críticas existentes.

Pero, aunque establezca detalladas diferencias entre víctima, mártir y masoquista, entre sometimiento y opresión sexual, Phillips erotiza la política y la mística, recortando como masoquismo la compleja apuesta de Simone Weill aunque no se meta con la devoción hitleriana por el látigo. Tampoco diferencia demasiado entre prácticas y vínculos masoquistas y, como es alguien que necesita creer que ficción y realidad son la misma cosa –al menos por la noche–, cuando cuenta una película sustituye el nombre del personaje por el del actor que lo representa. El axioma de *Una defensa del masoquismo* es meritorio cuando desafía al feminismo a analizar *la parte de la sombra* de las mujeres reivindicando el derecho de éstas a experimentar facetas de sí mismas sin desaprobación previa. En el contrato consensuado y la confianza a la obediencia del amo, estaría la clave. Como la mayoría de las practicantes sadomaso, la autora se niega a que su gusto tenga categoría psiquiátrica, pero sigue los trabajos de Freud y Deleuze. A pesar de que *Una defensa del masoquismo* contiene un apartado donde Phillips alude a un amante-amo y a la existencia de un cuaderno con los términos de un contrato, da la impresión de que, al menos en el libro, el verdadero amo –¿o el sádico?– es el feminismo.

nuestros cuerpos

Llegó al país, por fin en castellano, la versión española de *Our Bodies, Ourselves*, la obra mítica del colectivo de mujeres de Boston que lo creó hace dos décadas. Desde entonces circula a modo de biblia pagana, entre los cuatro millones de lectoras que ha tenido. Una guía profundamente política sobre el derecho de las mujeres a controlar sus propios cuerpos.

POR S.R.

La euforia comunicativa de la década del 60 dejó innumerables huellas, pero pocas de ellas han tenido tanta y tan poderosa suerte –léase *suerte* como *éxito* y también como *destino*– como esta obra que ahora ve la luz en idioma español. *Our Bodies, Ourselves* fue el título original del trabajoso texto que elaboraron a fines de aquella época dorada catorce mujeres de Boston, reunidas en su momento por un afán de contarse a sí mismas su propia historia. El libro –un manual, una guía, para algunas una biblia– nació casi por casualidad, como fruto de reuniones semanales que esas catorce mujeres realizaban para debatir sobre sí mismas y sus cuerpos. ¿Recuerdan que hubo un tiempo en que la gente no mandaba e-mails y, en cambio, se juntaba para charlar? Esas catorce feministas estaban inquietas, porque sospechaban, cada una por separado, que les faltaba un discurso alternativo para hablar de sí mismas, de las cosas que les pasaban, de sus miedos, de sus certezas, de las miles de circunstancias cotidianas en las que percibían que sus cuerpos de mujeres no eran ni tan cuidados ni tan respetados como los cuerpos de los varones.

De esas reuniones primero brotaron apuntes, luego algo parecido a un índice, y más tarde la primera versión de *Our Bodies, Ourselves*, que fue editado al filo de los 70 por una editorial no comercial de Boston cuyos responsables quedaron estupefactos cuando las ventas iban dando un reflejo del agujero negro de sed de información que esa obra estaba colmando. Se vendieron 250 mil ejemplares. Desde entonces, la sed creció y se extendió mucho más allá de las fronteras de Boston y de Estados Unidos. Siete ediciones en inglés, actualizadas por el Boston Women's Health Collective –el grupo nacido de esa iniciativa–, cuatro millones de lectoras en todo el mundo. Traducciones a más de una decena de idiomas. Sed y más sed. ¿De qué? Hay varias teorías



para explicar el fenómeno.

El Boston Women's Health Collective es actualmente y desde su gestación una organización sin fines de lucro dedicada a la educación en el ámbito de la salud de las mujeres. Uno de los méritos del grupo, y probablemente la llave del éxito de esta obra, fue haber abierto al máximo las compuertas de la escritura del libro: las catorce mujeres de la obra original pidieron consejo, pidieron anécdotas, pidieron experiencias, pidieron testimonios a muchísimas otras mujeres, que sin empacho y sin inhibición dieron todo eso y más. La obra fue entonces corregida, ampliada, completada. El libro estaba y está vivo. Los comentarios de las lectoras también fueron incorporados o tenidos en cuenta. Se fue mucho más allá del estereotipo de la mujer blanca, profesional y con conciencia de género que dio origen a la obra. Cada traducción fue mucho más que una traducción, porque no se trataba solamente del pasaje de una lengua a otra, sino que estaba pasando además de una realidad a otra, y las mujeres encargadas de cada traducción reformularon la obra, adaptándola. Lo loable del Boston Women's... fue haber horizontalizado de una manera drástica y radical la vida del libro, pero al mismo tiempo haber tenido tan claro el objetivo que esas infinitas participaciones individuales e internacionales –hubo nuevas versiones en países afines como Alemania, pero también en regiones tan lejanas como el Tibet– llegaron al buen puerto de un texto que siguió siendo coherente consigo mismo. La democratización del modo de trabajo no frenó el trabajo: lo enriqueció.

En la presentación de la primera edición, las autoras originales afirmaron: "Desde que empezamos a trabajar, este nuevo conocimiento ha sido un mayor motor para nosotras. Conocer nuestros cuerpos y sus necesidades, empezar a controlar esa parte de nuestras vidas nos produjo una energía que se manifestó en nuestro trabajo, amistades, relaciones con hombres y mujeres y hasta en nuestros matrimonios o relaciones familiares. Al tratar de descifrar por qué esta educación corporal ha sido liberadora y ha transformado nuestras vidas, y cómo puede ser un punto de partida para la liberación de otras mujeres, hicimos un repaso de los caminos que habíamos seguido. Aprendimos tanto de fuentes profesionales (libros de texto, revistas médicas, enfermeras y enfermeros, médicas y médicos) como de nuestras propias experiencias (...). Ahora sabemos mucho mejor cómo aprender cualquier cosa que necesitemos en cualquier área de nuestra vida. Lo importante de esta clase de aprendizaje es que estamos mejor preparadas para evaluar las instituciones que deberían cubrir nuestras necesidades, tales como hospitales, clínicas, profesionales de la medicina, facultades de medicina, etc. (...). Esta es la razón por la que las feministas hemos sido tan activas luchando contra las restricciones legales inhumanas, la imperfección de los métodos anticonceptivos disponibles, la pobre educación sexual y el precio que hay que pagar por una atención sanitaria tan mediocre; luchando, en fin, contra todo lo que impide a las mujeres el control de su propio cuerpo".

PARTE POR PARTE

La obra que llega a la Argentina llega en realidad de España (Editorial Plaza y Janés) y, pese a que ha sido corregida y ampliada por españolas que la han hecho muy atractiva para las mujeres de ese país, constituye una versión a la que las mujeres latinoamericanas pueden tener acceso, aunque ya llegará el momento de que la obra sea enriquecida con las experiencias locales. De hecho, habían participado muchas latinoamericanas en la última versión, publicada a principios del año pasado por la editorial Seven Stories de Nueva York. La edición española se llama *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*.

El libro se divide en cinco apartados. En el primero, "Saber es poder", se analizan distintas políticas europeas y americanas respecto de la igualdad de derechos para hombres y mujeres. Provee de contexto político y económico a toda la información posterior. Se explaya sobre la feminización de la pobreza en términos concretos, y aborda otros temas como la industria farmacéutica, emigración y prostitución, políticas de control de natalidad, la situación de las mujeres en América latina y de las latinas en Estados Unidos, además de dar cuenta de la existencia de grupos como las Católicas por el Derecho a Decidir. El texto mecha análisis políticos y económicos con testimonios que reflejan algunas de estas realidades. En el ítem "Feminización de la pobreza", por ejemplo, se explica por qué las mujeres son pobres entre pobres, y allí, en bastardilla, aparece el testimonio: "No lo entiendo, no tengo tiempo para mí... El tiene tiempo para ir a ver el fútbol con sus amigos, y también para otras aficiones, pero yo acabo siempre dedicando los pocos momentos libres que tengo a mis hijos, porque sé que ellos necesitan mucha

atención. Y si no es a los hijos, se lo dedico a la casa...".

En el apartado "Cuidando nuestra salud", se incluyen con una visión amplia e integradora en el concepto de mujer y salud no sólo las vertientes de la medicina alopática sino también una guía de diversas medicinas alternativas como la fitoterapia, la visualización, el rezo, masajes, acupuntura y otras. En este apartado se habla además de los derechos de los pacientes, tan ninguneados en los sistemas de medicina actuales, ya sea estatales o privados. Se dan instrucciones para levantar una queja, se sugiere qué averiguar acerca de una clínica o un hospital antes de decidirse por ellos, se afirma que antes de comenzar a tomar cualquier medicación un paciente tiene derecho a que el médico le explique correctamente por qué receta esos medicamentos y cuáles pueden ser las alternativas o las contraindicaciones.

En "Relaciones y sexualidad" se abordan todos los temas referentes a los vínculos amorosos entre mujeres y hombres y entre mujeres y mujeres, se ofrece una detallada guía de riesgos y medidas de protección para evitar el contagio de enfermedades de transmisión sexual y no deja nada en el tintero: en su momento, una de las virtudes de esta obra fue la de llamar a cada cosa por su nombre, de modo que, por ejemplo, en materia de riesgos de contagio de vih, se explica cada postura y se indica qué riesgo conlleva y cómo evitarlo.

En "Salud y derechos reproductivos" se trata cada uno de los métodos anticonceptivos disponibles, ventajas y desventajas, pero también se analiza por qué la salud reproductiva constituye para muchos sectores reaccionarios el último bastión del control social sobre el cuerpo de las mujeres. La obra se detiene además en el deseo de maternidad o en su ausencia, se dirige a las mujeres que abortaron, a las que no son fértiles, a las que piensan en la adopción, a las que quieren ser madres solas. En cada ítem, el texto es serio y amigable al mismo tiempo. Cada situación es evaluada con rigor y respeto.

Al final de este libro, profundamente político en el más hondo de los sentidos, se aborda "La maternidad": cuatro capítulos se ocupan de desglosar esa etapa fascinante de la vida de una mujer, y las contradicciones de un sistema que beatifica a las madres pero no las provee durante el embarazo de una atención personalizada, atenta y eficiente. Se trata, en fin, de una obra útil, reflexiva, inteligente y fluida, que no termina de escribirse nunca.



Yayo y Garzón, un solo corazón

Por fin el juez Baltasar Garzón se ha dignado a hablar de su mujer, y cómo. "Yayo es la esencia, es seguir siendo", dice. Yayo es la mujer de 47 años que desde hace veinte es su esposa. Su vida íntima, incluidas sus dudas antes de llevar adelante las causas que entre otras determinaron la prisión de la cúpula de ETA y la extradición de Augusto Pinochet, acaban de ser publicadas en un libro de la periodista española Pilar Urbano.

POR CRISTINA CIVALE, DESDE MADRID

Parece que hizo falta la pluma vigorosa y la investigación tenaz de una mujer para escribir la joven biografía del juez Baltasar Garzón. Y lo más inquietante es que la mano que desnuda esa vida pone en el aliento y el amor de otra mujer la coherencia en el combate, el desvelo por la justicia, la continuidad de la lucha, actitudes inequívocas y contundentes por las que Garzón se está haciendo un lugar en la historia.

Pilar Urbano es la periodista que acaba de publicar en España *Garzón, el hombre que veía amanecer*, una biografía autorizada por el propio juez –una de sus fuentes básicas para la escritura–, presentada con honores en uno de los salones del Ritz, un escenario madrileño repetido para presentaciones literarias consideradas taquilleras y de prestigio. Urbano amasó su fama a través de notas y columnas escritas para el periódico *ABC* y en redituables libros biográficos e históricos, entre los que se destaca, *La Reina*, dedicado a la actual reina Sofía. Su biografía sobre Baltasar Garzón tiene una tirada inicial de 135 mil ejemplares, el peso de 607 páginas y malas críticas que Urbano atribuye a intentos de difamar al juez.

Rosario Molina, más conocida como Yayo, es *la* mujer de Garzón, su esposa desde hace 20 años, su fuerza en la sombra. El juez Garzón lo afirma en exclusiva para **Las/12**: "Yayo es la esencia. Es seguir siendo. Si faltara, sería no ser".

Yayo no lo desmiente: "Somos como una sola persona. Son muchos años de unión. Si no fuese así, nuestra vida sería muy dura".

Y Pilar Urbano, la que disparó el dato en su libro, lo confirmaba de este modo ante este suplemento, sin que le temblara ni una cuerda vocal: "No habría juez Garzón sin Yayo".

Pero, ¿¡quién es esa chica!?

Actualmente Rosario Molina, Yayo, es una morocha de pelo muy corto y lacio, de 47 años, quince meses mayor que su marido, el juez. Una bioquímica oriunda de Granada que dejó la enseñanza para dedicarse a ser la virreina de una casa civil y a educar a los tres hijos que engendró con Garzón. El la conoció a los 17 años cuando todavía era seminarista. Sí, Garzón quiso ser cura pero no pudo con el voto de castidad. Urbano reproduce estas palabras del juez en su libro: "Yo quería ser sacerdote. Lo quería seriamente. Era lo más grande que se podía ser en este mundo. Y tenía aptitudes humanas, pero no hacía oración, no me mortificaba. No superé el celibato". En efecto, los ojos se le iban –y seguramente algo más– ante las faldas de las compañeras del colegio de monjas filipinas que quedaba en el barrio de su seminario, en Baeza, Andalucía. En ese colegio estudiaba Yayo y la conoció en una fiesta de fin de año en 1973. Se flecharon y Garzón quedó atrapado por una mujer que inmediatamente consideró como alguien superior. "Unos compañeros de curso me dijeron que Yayo y sus amigas salían con chicos, que iban a tomar copas y a bailar. Pensé que era una mujer moderna, liberal. Imaginé que estaría solicitadísima y que nunca me haría caso." Se equivocaba, Yayo también había reparado en él y, como el joven que iba a ser juez no se animó a hablarle, tuvo que hacer un ardid con sus amigos para volver a verlo. Sólo entonces comenzaron a citarse con frecuencia. Con-

cretamente, Garzón quedó atrapado porque en ella vio "a una mujer, no a una cría. Era resuelta, determinada, con personalidad, con temple. Sabía lo que quería, no era voluble, no cambiaba de un día para otro. Yo ya la quería y necesitaba que ella me lo dijera". Pero Garzón era tímido y otra vez Yayo tuvo que tomar la iniciativa. Yayo lo recuerda así: "Tuve que darle un empujoncito. El decía: `Vamos a pararnos que te quiero hablar de una cosa muy especial`. Pero no arrancaba, daba rodeos.(...) Le tiré de la lengua y le pregunté si quería que fuésemos novios". El juez retardó la pregunta porque confiesa que tenía pánico de escuchar un no. Pero no fue lo que escuchó finalmente y, entonces, se relajó. Ya no le importó que tuviesen que separarse –él se fue a estudiar a Sevilla y ella a Granada– y durante siete años de noviazgo se vieron en los veranos y en las escapadas que Garzón podía financiarse a través de sus trabajos como mozo, albañil o empleado de una gasolinera. El juez le confesó a Urbano: "Sabiendo que Yayo me quería lo veía todo fácil. Así pude seguir mi carrera. Porque sabía que en poco tiempo la iba a ver a ella y ella era lo que me movía a hacer todo".

En 1980 se casaron envueltos en el mismo fervor. Veinte años después, la motivación parece no haberse movido ni un centímetro. El juez consulta cada una de sus decisiones con su mujer, para la que no tiene secretos. Es su memoria y su ímpetu y su último recodo de dignidad. Cuando Garzón aceptó formar parte del gobierno del PSOE, fue su mujer la que le advirtió que lo estaban usando para limpiar su imagen corrupta. Esa vez el juez prefirió pensar que se equivocaba pero un año después, al renunciar al gobierno, no sólo le dio la razón sino que hizo público lo que consideró una manipulación por parte del gobierno socialista. Eran las palabras premonitorias de Yayo.

Yayo le cuenta a **Las/12** que Garzón escribe en su diario todos los días: "Me lo muestra. Hay cosas que escribimos juntos. Ese diario es importante porque allí dentro hay una parte de la historia que se escribe en estos días". Ese diario fue un material fundamental para la escritura de la biografía. Urbano se hizo de ellos en un guiño cómplice que Garzón actuó en conjunto con su mujer.

–¿Cómo se atrevió a darle los diarios de su marido?

–Le di hasta donde nosotros queríamos que se supiera. Fue una decisión que tomamos con el juez. (Ante desconocidos se refiere a su marido como el juez, sólo para la intimidad guarda el nombre de Baltasar.)

Pilar Urbano no titubea en decir que tituló su libro *El hombre que veía amanecer*, así en pasado, "porque no sabía si cuando lo terminara de escribir, Garzón iba a estar vivo o muerto". En efecto, el juez es el responsable de que los dirigentes de primera línea de ETA estén en la cárcel. Ante la arremetida de atentados de la organización vasca luego de que se rompiera la tregua el año anterior, Garzón aparece como un blanco indiscutido. Pilar Urbano se atreve a terminar su libro afirmando, sin pudor, que el juez terminará muerto de un tiro en la nuca en su despacho de la calle Génova de Madrid. Un final que da escalofríos.

–¿Este libro es un conjuro contra la muerte?

Urbano no contesta.

Garzón responde que cree que "ha llegado el momento de que se sepan ciertas cosas. No puedo pensar en la muerte ni en las amenazas. No podría hacer mi trabajo. Si el miedo me ganara en algún momento, tendría que renunciar". Yayo, en cambio, contesta: "Es un momento peligroso. Por eso es tiempo de que se sepan todas estas cosas. Para que quede claro quiénes son responsables. Vivimos diariamente con la amenaza de un tiro o de una bomba para el juez. Por eso aparezco recién ahora. Pero ya he dicho mucho. No puedo decir más". Y, qué duda cabe, es a ella a quien hay que creerle. Pero todo suena a desviar el blanco del tiro y a poner a Yayo como un frágil escudo viviente. Un blanco móvil y femenino. ¿Una mártir?

¿Será para eso para lo que le sirven sus mujeres a Garzón, el hombre que le mandó a decir a Menem que como juez del caso Argentina no podía ponerse al teléfono?

Un futuro prócer que empieza a derretirse. Por su piel y por sus huesos. Pero sobre todo, por su declarado –¿manipulado?– exceso de corazón. Yayo habita en él, Urbano lo desnudó y juntas hacen fuerza para que siga latiendo, a pesar de que la vida de una y de que la reputación de la otra se pongan en un juego que todavía nadie va ganando.

TALK SHOW POR MOIRA SOTO

Odiando a **Miss Sally**

La alegría de los jueves a las 20 (por Sony, repite domingos a las 10), desde comienzos de diciembre, se llama "Bette" y llega con pasitos de geisha ansiosa y contoneante, rulos dorados y ojitos centelleantes en busca de algún objeto de chanza (a menudo, ella misma), debatiéndose entre sus dudas artísticas (qué cantar, cómo cantarlo, salir o no a escena), estéticas (operarse o no, qué hacerse), matrimoniales (¿él se quedó dormido antes de hacer el amor porque ella está vieja o porque él está viejo?), gastronómicas (las más duras de resolver cuando no hay un represor cerca que le recuerda el régimen).

La exuberante y carismática Bette Midler ha dado con el vehículo propicio para dar libre cauce a su histrionismo y a sus dotes de cantante: esta serie en la que se interpreta –amablemente– a sí misma, recreando y estilizando situaciones actuales de su vida real. Desde ya, nada que ver con un reality show o una comedia confesional. De un inteligente equilibrio y apelando de continuo al filtro del humor, la serie alimenta el culto de Midler en sus mejores facetas, incluida esa alegre y expansiva vulgaridad que es su marca de fábrica.

Sin embargo, hay un punto que parece tener un trasfondo de gravedad, no tanta risa: su aversión a Sally Field (compartida por esta columna). El ensañamiento comenzó a revelarse a partir de uno de esos ocurrentes diálogos en que Bette decía algo romántico a su marido Roy y él le replicaba: "¿Eso no es de *The Rose*?". "¡No!", mentía ella, y el tipo empezaba a citarle la escena correspondiente del film de marras. Ahí, Bette aflojaba: "Bueno, pero por decir eso me nominaron". Acto seguido, la rubia explotaba, ignorando el suavizante subtítulo en castellano: "Sally Field my ass". Marido y mujer seguían hablando (sobre todo ella), Bette le daba a elegir entre hacerle de Dama o de Vagabunda, y cuando finalmente llegaba a la cama, él ya estaba roncando. Decepcionada, encendía el televisor y se escuchaba: "Seguimos proyectando *Norma Rae*". El control se estrellaba contra el piso. (Por si alguna lectora no lo sabe, en 1979, Midler –candidateada– perdió el Oscar, arrebatado por Field en el rol de la sindicalista que trepa a la mesa.)

Más adelante, cuando se vuelve a hablar del sueño inoportuno de él (que provoca una crisis de inseguridad en ella que la lleva a pedir cita con el cirujano y a comprarse ropa para adolescentes), Roy la torea: "Puedo estar cansado, tener una amante...", "¿Es Sally Field?", salta Bette, con la herida narcisista siempre abierta. "Hace como veinte años que busco una excusa para matarla."

Bette juega abiertamente con el lugar común que la señala como icono de los gays (cuando el novio de su hija le declara su adoración, le dice por lo bajo a la azorada chica: "¡Es gay!"); es muy capaz de hacer las variaciones más impensadas de "Color of Roses" y ya como la Divina Miss M., desciende desde el techo sobre el escenario entre nubes y rayos gloriosamente kitsch, con un aparatoso abrigo como de celofán dorado. Pero antes de encarar al público parodia sin piedad sus propias vacilaciones (y las de casi todos las y los intérpretes): "¿Cómo llegué hasta aquí? No tengo talento alguno...". La visita al cirujano es muy graciosa, pero hablando de los estragos de la edad resulta todavía más ingeniosa la respuesta a la hija que le pregunta por qué la tía Connie se mira al espejo estirándose la cara con las manos: "Es un jueguito que jugamos las chicas como ella y yo. Se llama: Había una vez..."

ARQUETIPOS POR S. R.



El **petardo**

Ojalá fuera el que estalla en esta época del año. Pero no. El petardo es otra cosa. Podría ser el colgado, el irresponsable, el bobo, el loquito o el tiro al aire. El petardo es el que nunca tiene en cuenta el contexto de cada situación, y entonces, por ejemplo, para reconciliarse después de una pelotera considerable, nos manda a cuatro mariachis a que nos den una serenata, pero se equivoca de dirección y despierta a otra. Es el que justo el día más complicado de la semana, cuando por fin hemos llegado a casa y nos hemos rendido a la voluntad de su majestad la bata, llega con entradas para ir a ver a Soledad Pastorutti en un recital a beneficio. Es el que se aparece sorpresivamente en la oficina y, después que le hemos presentado a nuestro jefe y mientras intercambiamos los tres unas palabras de cortesía, tiene el mal gusto de meternos una mano en la teta.

Es el que les habla mal a nuestros chicos de su padre (no del de él sino del padre de nuestros chicos, que será lo que será, pero no viene al caso). Es el tipo al que para el aniversario le hacemos su torta favorita, y cuando vamos a abrir la heladera para llevársela y sorprenderlo, nos encontramos con que él ya la encontró y se la comió. Es el que pierde todo: los anteojos, la plata, la agenda, las llaves, la vergüenza. Es el que cuando tiene una reunión de trabajo importante, se queda dormido. Es el que cuenta chistes picantes delante de la viejita del sexto que se baja en el quinto con tal de no escucharlo más. Es el que se disfraza de Freddy Kruger porque no encontró el disfraz de Papá Noel y asusta hasta el espanto al más chiquito. Es el que, encima, se ofende.

Es el que cuando vienen nuestros suegros a cenar, nos dice: "Dejá, yo me ocupo del helado", y por supuesto se olvida. "¿El quemado? ¿Qué quemado?", nos pregunta. Es el que la única vez que va él solo a la reunión de padres del colegio, se pone a hablar con la maestra de nuestros problemas conyugales. Es el que supuestamente habla de más, pero también es el que coquetea con todas, incluso con la maestra de sus hijos. Es el que sale a comprar el microondas para el que hemos ahorrado durante los últimos tres meses, pero por el camino ve una cámara fotográfica que le parece "a–lu–ci–nan–te" y se la compra. Es el que cuando le decimos que se meta la cámara en el placard, vuelve a ofenderse. Es el que no para de meternos en problemas, de desajustarnos el presupuesto, de hacernos pasar vergüenza, de darnos rabia, de volvernos locas. Y, sin embargo, es adorable.